

Maestro de la conquista de Mallorca *Campamento de Jaime I*

VEO VEO

11 de diciembre de 2008



Había una vez una ciudad muy peculiar; tan peculiar, que tras cada ventana se escondía una historia sorprendente.

Se explicaba, por ejemplo, que detrás de esta ventana vivía una familia que sólo hablaba con la i:

-¡Binis díis! –decían por la mañana, en vez de decir buenos días.

En esta casa vivía también una señora que tenía tres manos y tres pies. La llamaban Tri-tri.

Y contaban que al otro lado de la ciudad, detrás de esta ventana, vivía un mago que borraba las cosas malas.

En las afueras brotaban unos árboles muy curiosos, que parecían alcachofas gigantes. Decían que si comías sus frutos podías ser joven para siempre, pero te crecía la nariz.

Pero lo más sorprendente de todo era que, cuando su padre estaba reunido en Cortes, preparando sus guerras, la ciudad la gobernaba su hijo, un niño de sólo siete años, Jaime I, a quien no le gustaban las guerras, a diferencia de su padre, y que tenía una forma muy particular de gobernar: jugando a...

VEO VEO

Cada mañana, el joven rey hacía su propuesta:

-Veo veo.

-¿Qué ves?- le contestaban todos sus vasallos al unísono, y parecía que retumbasen los muros del pueblo.

-Una cosita... -decía el rey.

-¿Con qué letra empieza? -preguntaban siempre los demás, ceremoniosamente.

-Con la E- dijo el rey.

Un hombre que acababa de subir por la escalera hasta lo alto de la muralla exclamó:

-¡Escalera!

Y falló, porque no era en la escalera en lo que había pensado el joven rey.

-Hoy te tocará barrer la muralla y dejarla bien limpia -le dijo Jaime I.

Otro, que estaba colocando una bandera, dijo:

-¡Estandarte!

-No, también has fallado.

Y el que estaba a su lado añadió:

-Podría ser un árbol... como... un... ¡Un ébano!

-No, tampoco. Hoy os tocará a los dos recoger todos los frutos de los árboles.

Un caballero gritó:

-¡Un escudo!

-No, tampoco. Tú darás de comer toda la semana a los animales -dijo el rey niño, que empezaba a estar cansado.

Dos hombres que estaban sentados en una tienda de campaña se preguntaron:

-¿Qué se le habrá ocurrido al heredero del reino?

-¡Claro! ¡Herederero! Es la palabra.

-Calla, que heredero lleva hache. Como nos oiga el rey, seguiremos quitándole toda la semana el polvo al camino.

Un hombre medio escondido afirmó:

-Un escorpión.

-¡Venga ya! Pero si no estamos en el desierto... Aquí no puede haber escorpiones, es imposible- contestaron todos los caballeros a la vez.

-¡Qué hambre tengo! -dijo el rey, que al ser pequeño era muy impaciente.

Y sin querer les dio una pista...

-¡Os lanzamos el estofado hecho con buey de la tierra! A ver si llega -gritaron dos cocineros desde la torre cocina.

Jaime aplaudió, los bueyes bramaron, y todas las campanas empezaron a tañer al mismo tiempo.

-¡Muy bien! Habéis acertado. Hoy me he levantado con ganas de comer carne. ¡Y sí, la palabra era estofado!

Las masas gritaron biéééééén, estofado de bueeeeey, y se chuparon los dedos, pero lo que más les gustaba, por encima de todo, era acertar.

Y así, día tras día, se divertían el joven rey y los habitantes de aquella ciudad tan peculiar.